

Lectio Divina: Un itinerario para leer la Palabra en Pascua



La Casa de la Biblia

eva

¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Esta Pascua puede ser un buen momento para comenzar a leer la Biblia. Éste es **el objetivo del presente folleto**, que contiene algunas ayudas para la reflexión personal y comunitaria:

- Un itinerario para leer las Escrituras: la «lectio divina».
- Orientaciones para leer la Biblia.
- Dos pasajes escogidos de la obra de Lucas, en los que se presenta el encuentro con Cristo resucitado a través de las Escrituras: Lc 24,13-35 y Hch 8,26-40.

La respuesta del etíope a Felipe «¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?» (Hch 8,31) es la misma que hoy dan muchos cristianos cuando se les pregunta si leen la Biblia y si comprenden lo que leen. Con frecuencia se sienten como aquel etíope, y necesitan de hombres y mujeres que, como Felipe, les ayuden a leer, y dejarse leer, por las Escrituras.

La «lectio divina» es una manera de entrar en diálogo con el Dios que nos habla a través de su Palabra.

Podemos representar gráficamente el itinerario de la «lectio divina» de esta manera:

1

LECTURA

¿Qué dice el texto?

- Leer el texto de manera atenta y respetuosa.
- Detenerse (estar-reposar) sobre el texto.
- Descubrir el mensaje de fe.



2

MEDITACIÓN

¿Qué me dice el texto?

- Ponerse ante el espejo de la Palabra.
- Interiorizar.
- Ahondar en la propia vida.



3

ORACIÓN

¿Qué me hace decirle a Dios?

- Orar la Palabra: pido, alabo, agradezco, suplico...



4

CONTEMPLACIÓN

- Dios se me da a conocer con la experiencia del corazón.
- Serenidad ante el misterio de Cristo.



5

COMPROMISO

¿Qué camino de vida me invita a tomar?

- Ver la realidad con la mirada de Dios.
- Configuración con Cristo y vida en el Espíritu.
- Anuncio, compromiso y caridad.



ORIENTACIONES para leer la Biblia

1) Ambientar la lectura

La lectura del texto ha de ir precedida de un breve silencio o de una oración para pedir al Señor que nos abra el entendimiento y el corazón para acoger obedientemente su Palabra.

Los textos deben leerse despacio y sin prisas. No es una novela, ni un periódico, sino un texto muy importante para nosotros. Necesita que le demos tiempo, que la leamos una y otra vez para estar seguros de captar su mensaje.

2) Leer el texto en su contexto

La primera pregunta que debe guiar nuestra lectura es: ¿Qué experiencia de fe aparece recogida en este texto? Cuando leemos la Biblia buscamos precisamente eso: una experiencia creyente que nos ayude a entender la nuestra y a ampliar el horizonte de nuestra vivencia de la fe en una situación nueva. Para ello podemos acudir a recursos muy sencillos:

- Informarnos sobre aquella época: utilizar mapas, ambientar los textos históricamente con ayuda de introducciones, comentarios, etc.
- Tener en cuenta que en la Biblia encontramos modos de hablar y de escribir distintos a los nuestros (parábolas, relatos de milagros, etc.).
- Recordar siempre que la Biblia es una palabra encarnada y que en ella hay que distinguir entre el mensaje perenne y lo que era propio sólo de aquella cultura (matanzas, violencia, discriminación de la mujer...). El mejor criterio para saber esto es leer todos los textos desde el mensaje y la vida de Jesús, que es el centro y la clave para leer toda la Biblia.

3) Leer para entender la vida

Después de esta primera lectura del texto es necesario exponer nuestra vida a la interpelación del mensaje que hemos descubierto. Nosotros no leemos la Biblia para saber más cosas sobre ella o por mera curiosidad. Leemos la Biblia para entender nuestra vida. En sus páginas no hay recetas, sino pistas fundamentales para orientar nuestra existencia. Esto supone:

- Tener una mirada penetrante sobre las cosas que pasan a nuestro alrededor: estar atentos a las cosas que nos pasan a nosotros y a la gente que nos rodea, a los signos de cada época.
- Estar dispuestos a dejarnos interpelar por el texto y por el mensaje que se nos desvela.

4) Lectura orante

La Biblia debe ser leída en el espíritu con el que ha sido escrita. A través de ella Dios nos habla, y para escucharle tenemos que estar en la misma sintonía. Esto significa que la lectura debe hacerse en un clima de oración, lo cual nos exige:

- Abrir sinceramente el corazón para acoger lo que Dios nos dice a través de su Palabra.
- Responder a Dios a través de la súplica, la acción de gracias... completando así el diálogo que él mismo comienza. Porque escuchamos a Dios cuando leemos su Palabra y le hablamos cuando le dirigimos nuestra oración.

5) Lectura comunitaria

Es muy importante que la lectura personal se complemente con la comunitaria. En la lectura comunitaria se ponen en juego los diversos carismas y sensibilidades para descubrir con más plenitud el mensaje de la Palabra de Dios, porque las diversas aportaciones hechas desde diversas experiencias de vida desvelan la riqueza de la Escritura con mayor claridad que la lectura individual. La lectura litúrgica es la mejor expresión de esta dimensión comunitaria.

6) Lectura comprometida

La lectura de la Biblia tiene como meta la vida. Cuando nos acercamos a leer la Biblia, llevamos nuestra vida y la vida de quienes nos rodean. Al descubrir su mensaje y dejarnos interpelar por él, descubrimos que la Palabra de Dios nos ofrece un impulso para la vida, un camino de conversión. Normalmente, cuando nuestra lectura de la Biblia no desemboca en el compromiso, cada vez nos resulta más difícil de entender lo que leemos.

Fichas de lectura para practicar la Lectio Divina

Ficha 1

Finalmente, te animamos a que tú mismo te adentres en dos textos concretos siguiendo los pasos de la lectio divina.

«Les explicó lo que decían de él las Escrituras» (Lc 24,13-35)

Ambientación

Nos disponemos para acoger el texto como Palabra de Dios. Puede ayudarnos una breve oración inicial invocando al Espíritu Santo, un canto apropiado o unos instantes de silencio.

Lectura atenta del texto (lectura)

En este primer momento fijamos nuestra atención en el pasaje elegido para descubrir el mensaje de fe que encierra. Observamos que es un pasaje de Lucas, un evangelista que escribió alrededor del año 80-90 para una comunidad cristiana que necesitaba ser afianzada en su fe. Con un hermoso relato, Lucas les dice que Jesús ha resucitado y que la Escritura nos ayuda a descubrirlo.

- Proclamación de Lc 24,13-35.
- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia.
- Entre todos tratamos de responder a estas preguntas:
¿Cómo cambia la situación de los discípulos entre el inicio y el final del episodio?
¿Qué hace posible esta transformación tan radical?
¿Cuál es el mensaje de fe que recoge este relato?

Nos dejamos interpelar por la palabra (meditación)

En este segundo momento buscamos descubrir el mensaje del texto para nuestra situación personal, comunitaria, social. Jesús resucitado sigue haciéndose presente en el camino de la vida, en las Escrituras, en la fracción del pan y en la comunidad.

- ¿Alguna vez la escucha o la lectura de la palabra de Dios te ha ayudado a entender lo que te pasaba y a iluminar tu vida?
- ¿Son para nosotros la Biblia, la eucaristía y la comunidad lugares de encuentro personal con Jesucristo? ¿Qué podríamos hacer en concreto para convertirnos en testigos entusiastas del Resucitado?

La Palabra nos pide una respuesta (oración)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios, expresando en forma de oración aquello que el pasaje de la Escritura nos sugiere para decirle a Dios. Podemos pedirle, por ejemplo, que al escuchar su Palabra se abran nuestros ojos y arda nuestro corazón con el fuego de la fe.

- Volvemos a leer pausadamente Lc 24,13-35
- Compartimos en voz alta nuestra oración.
- Podemos acabar cantando juntos «Quédate junto a nosotros».

Para comprender mejor el texto

Lucas escribe para unos cristianos que no habían visto ni escuchado a Jesús con los ojos del cuerpo, pero les habían anunciado que había resucitado y estaba vivo. Estos cristianos se preguntaban en el camino de su vida: ¿Dónde está Jesús resucitado? ¿Dónde lo podemos encontrar? El evangelista responde a estas preguntas a través del relato de los dos discípulos que regresaban a Emaús.

«**Jesús se puso a caminar con ellos**». Dos discípulos se alejan de Jerusalén decepcionados, escandalizados y temerosos a causa de la crucifixión del Maestro. Jesús les sale al paso y, sin revelar su identidad, se interesa por el diálogo.

«**Les explicó lo que decían de él las Escrituras**». Ahora es el viajero quien toma la palabra. Reprocha a los discípulos su falta de fe y echa mano de las Escrituras para hacerles entender que la cruz hay que verla desde la lógica de Dios. A la luz de los acontecimientos del AT y echando una mirada a los profetas, se descubre que no siempre los siervos de Dios tuvieron éxito desde una perspectiva humana. Ese ha sido el camino de Jesús, el Mesías.

Los discípulos sienten que la palabra de Dios enciende un fuego en su corazón, pero no lo reconocen hasta después.

«**Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio**». Hasta ahora, Jesús siempre había tomado la iniciativa, pero cerca del lugar del destino deja que sean los discípulos quienes le pidan «quédate con nosotros». Jesús ocupa el lugar del anfitrión y repite los gestos de la última cena, que revelan el verdadero sentido de la pasión y de la cruz: su entrega por los demás. Entonces a los discípulos se les abren los ojos y lo reconocen.

«**Se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén**». Los discípulos han experimentado una nueva forma de presencia de Jesús resucitado. Si hasta el momento de la muerte tuvieron su presencia visible, ahora han sido introducidos en una nueva forma de comunión que da sentido a la vida. Después del encuentro en el camino, a través de las Escrituras y en la mesa, comprenden que deben volver a la comunidad para compartir gozosamente el mensaje pascual.

El Resucitado sigue haciéndose presente en el camino de cada persona. Lo comprenderemos mejor si dejamos que él mismo, en las Escrituras y en la fracción del pan, nos abra los ojos.

Fichas de lectura para practicar la Lectio Divina

Ficha 2

«¿Entiendes lo que estás leyendo?»
(Hch 8,26-40)

Ambientación

Comenzamos con una breve oración en la que pedimos al Señor que su Espíritu nos abra el corazón para que podamos acoger y hacer vida la experiencia de fe con la que nos vamos a encontrar en su Palabra.

Lectura atenta del texto (lectura)

Vamos a leer juntos un pasaje de Hechos de los Apóstoles, en el que hallamos a Felipe, un cristiano perteneciente al grupo de los Siete diáconos de la Iglesia de Jerusalén (Hch 6,5). En primer lugar, buscamos el testimonio de fe que está contenido en este pasaje.

- Proclamación de Hch 8,26-40.
- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia.
- Entre todos tratamos de responder a estas preguntas:
¿Qué dificultades tenía el etíope para comprender lo que iba leyendo? Observa lo que el texto dice de Felipe: ¿De qué manera Felipe ayuda al etíope a superar las dificultades?
Mira ahora el entorno en el que se produce este cambio: ¿De qué manera se transforma la realidad entre el comienzo y el final del pasaje? (Date cuenta de que se produce un paso de la esterilidad a la fecundidad).
¿Qué experiencia de evangelización está reflejada en este relato?
¿Qué lugar tiene la Escritura en este proceso?

Nos dejamos interpelar por la palabra (meditación)

Al leer este episodio del libro de Hechos de los Apóstoles, nos habremos sentido identificados con aquel etíope que necesitaba de alguien que le echara una mano para comprender lo que leía. También nos habremos reconocido en Felipe, un agente de pastoral de las primeras comunidades cristianas que nos ofrece una lección de acompañamiento y pedagogía de la fe.

- ¿Cuál es mi experiencia de lectura de la Biblia?
- ¿Quién y cómo nos podría ayudar a comprender mejor las Escrituras?
- ¿Cómo podríamos nosotros ser Felipe, es decir, ayudar a otros a descubrir la gran riqueza que estamos encontrando en ellas?

La Palabra nos pide una respuesta (oración)

Expresamos en forma de oración todo aquello que hemos meditado y dialogado a partir de la lectura de este pasaje. Podemos dar gracias por aquellos que, como Felipe, nos han ayudado y nos ayudan a comprender las Escrituras. También podemos ponernos nuevamente a disposición del Señor y pedirle que este ministerio esté cada vez más presente en su Iglesia.

- Volvemos a leer pausadamente Hch 8,26-40.
- Compartimos en voz alta nuestra oración.
- Podemos acabar recitando juntos una parte del salmo 119 (118) o cantando «Tu Palabra me da vida».

Para comprender mejor el texto

Tres son los personajes que aparecen en este relato. Para saber lo que hacen, lo mejor es fijarse en los verbos. Las actitudes, en cambio, se adivinan detrás de las acciones y son reveladas por ellas.

El Etíope es un alto cargo en la administración de Candace, reina de los etíopes. Simpatizaba con el judaísmo y regresaba de Jerusalén de «cumplir sus deberes religiosos», lo cual indica que tenía profundas inquietudes. Va leyendo la Escritura pero es incapaz de entender lo que lee. Sabe que no entiende y así se lo manifiesta a Felipe. Al final su búsqueda desemboca en el encuentro con Jesús sellado por el bautismo.

Felipe es uno de los Siete diáconos del grupo de los helenistas (Hch 6,1-7), un verdadero «evangelizador» que después de la muerte de Esteban se dedica a predicar a Cristo en Samaría (Hch 8,4-8).

El Espíritu Santo no aparece directamente en escena ni interviene del mismo modo que el resto de los personajes, pero su presencia es patente. Él es en todo momento quien lleva la iniciativa. Es el verdadero protagonista de la acción.

La Palabra de Dios desempeña un papel fundamental en el episodio, pues es el medio por el cual se produce el encuentro del eunuco con Jesús resucitado y la incorporación a la comunidad cristiana por medio del bautismo.

Seguramente nosotros, al tener la Biblia en las manos, habremos pensado como el eunuco etíope: «¿Cómo voy a entenderlo, si nadie me lo explica?». Sabemos que es una suerte poder acercarnos con libertad a las Escrituras y sabemos que desconocerlas es privarnos del mejor medio para conocer a Jesús. Pero nos encontramos con muchas dificultades a la hora de comprender, necesitamos alguien como Felipe que nos eche una mano. Si como el eunuco, somos capaces de reconocer nuestras dificultades y pedir ayuda a quien nos la puede proporcionar (grupos bíblicos, introducciones a la Biblia, personas entendidas...), llegaremos a entender más la Escritura, y de este modo a conocer más y mejor a Jesucristo.